

*Diario Pueblo*

*La tercera Teresa*

(Mujer levantina)

Finales de los años 40

Miguel Espinosa

Dos Teresas hay -dice Eugenio D'Ors en su "Bien Plantada"- . La una se llama Teresa de Jesús y es castellana; la otra ha nacido en Cataluña y él la invoca con el dulce nombre de Bien Plantada.

Dos Teresas, dos gracias de la Patria que se ofrecen a la devoción de los que tengan en su corazón vocación de caballeros. Dos Teresas, dos símbolos, dos amores, dos razas. Los cándidos ojos de la mujer buena, que nosotros, aun en estos tiempos, queremos tratar con melancolía y gozo, se abren ingenuos en esta ocasión para que el hombre -¡oh gentil delicadeza- haga de ellos un juego de conceptos.

¡Soñada cortesía de trovador! Dichosos aquellos que supieron cantar a una mujer con grandeza. San Buenaventura, Dante, Petrarca, Don Quijote de la Mancha, el maestro D'Ors...

Dos Teresas conocemos en España, dos amores nuestros: la inquieta castellana y la plácida y sabrosa catalana, medida y forma. Pero todavía hay otra que nadie ha cantado, porque nadie la ha visto surgir cada día del sol levantino y vivir cada día en el crepúsculo rojo de la tarde. Me refiero a la tercera Teresa, a la Teresa oriental española, alma de fuego y melocotón maduro, que pasea sus piernas redondas y sus cálidos senos bajo el cielo tristísimo que es el cielo azul levantino.

¡Oh, tercera Teresa!, Teresa africana. ¡Quién fuera muy grande, muy bueno y muy sencillo para cantarte, Teresa frondosa. Teresa rica, Teresa buena!

Digo esto de asombro que siento al notar las ideas que sobre ella me vienen a la cabeza, y lo poco que, después de todo, sé decir. La Teresa levantina no ha venido a

desbancar a las otras, sino a completarlas sencillamente. Tanto es así que en todo es más y menos que ellas. Cada una es un mundo distinto: Teresa de Jesús, el amor de fuego en el melancólico pecho castellano; la Bien Plantada, la serenidad graciosa, un poco fría, de la prosopopeya catalana; Teresa levantina, el ímpetu cálido que en este país surge de las entrañas de la tierra, armonía griega en sangre africana, virtud primera de la inocencia hecha carne en el recato de una casta lascivia.

Si Teresa de Jesús sabía mirar con ojos de nostalgia la lejanía del cielo, deseada morada; y la Bien Plantada, con ojos tranquilos la lejanía del mar, Teresa levantina mira con ojos de ahínco las siluetas de todos los colores que desfilan continuamente ante su vista en procesión interminable. Por eso es símbolo y representación de este Levante que proclama los ojos como el primero de todos los sentidos, y el bien mirar como el más difícil y noble arte. Así la llamamos Triunfo de los Ojos, que quiere decir triunfo de la dulce presencia y de la buena mirada sin mezcla alguna adelante nadie leería sino el de confusión.

Nuestra mujer, nuestra Teresa graciosa, es tan propiamente anecdótica que nadie, por poderoso hálito que sienta, ha podido jamás encerrarla darla pintada en la definición de una categoría o de una generalización de manual al alcance de todos, como hizo D'Ors con su "Bien Plantada". Quede eso para mentes hiperbóreas y tenaces. La Teresa negra, la Teresa latina, la Teresa tranquila no es una eurítmica esfinge que se pueda retratar, ni una historia con su moraleja que se pueda contar junto al fuego, como la Teresa castellana, heroína o mártir, sino sencillamente, graciosamente, un donoso momento, un bello color de la historia natural de la Creación. Por eso, su mayor encanto es el ser pasajera, indígena desconocida por los ojos impuros de los ajenos husmeadores de glorias arrinconadas.

Así pues, vuélvanse atrás el historiador erudito, el novelista afanoso o el inquieto novel que intenta, con algún gran descubrimiento, coger la fama por los pelos. La Teresa levantina no tiene historia universal, sino natural. De ella no se puede contar nada, sino sólo decir que existe, que vive, que anda, que ríe, que va a la fuente; y aun esto muy imperfectamente porque si fuera posible captarla del todo y trasladarla a un libro, ya podrían quemarse todos los demás, pues en adelante nadie leería si no el de Teresa levantina.

Un león tiene historia natural, una gacela tiene historia natural. De Dios no podemos decir que tenga historia universal, pues por Él no pasa nada. Teresa levantina es anécdota pura, momento perdurable, mucho más que un símbolo definido, cartón piedra que todo el mundo comprende, todo el mundo capta y todo el mundo reparte en pedacitos. De Teresa levantina no se podrá jamás abstraer nada, no se podrá sacar nada que no sea ella misma. ¡Triunfo sublime del recato, de la personalidad hecha carne de mujer!

Teresa latina, maravillosa criatura; Teresa creadora, Teresa vida, Teresa anécdota: escóndete, escóndete todavía más, fuera del ámbito de todos los hurgadores, que yo me encargo, dando a Dios gracias, de repartir por los pueblos la dispersión de tus encantos.

Teresa graciosa, Teresa buena.

¡Que Dios te bendiga!

Nota.- Ya están perfiladas las tres Teresas, los tres amores de la Patria. Elijamos como madre la Teresa castellana; como hermana, la Teresa catalana; como novia, la Teresa levantina.